La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 2 de marzo de 1908 — Núm. 1.366

SALIDA DEL BAILE DE MÁSCARAS, dibujo de Julio Borrell

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos á nuestros subscriptores una lindísima edición, brillantemente ilustrada por el eximio dibujante Daniel Vierge, de la preciosa novela de Próspero Merimée, COLOMBA, considerada unánimemente por los críticos como la obra más inspirada y genial de este novelador francés. Uno de ellos, M. Sainte-Beuve, después de comparar COLOMBA á la «Electra» de Sófocles llorando á su padre y esperando á Orestes, dice: «Todas las Electras de teatro, los Orestes posteriores, las Clitemnestras de segunda y tercera mano, están, á mi modo de ver, mil y mil veces más distantes de la Electra primera, que esta hija de las montañas, esa pequeña salvaje, que no sabe más que su «Pater.» COLOMBA es más clásica, en el verdadero sentido de la palabra.»

En cuanto á las 63 composiciones de Daniel Vierge, que embellecen la presente edición, baste decir, para hacer su elogio, que, además de ser la obra última del artista sin par, éste visitó para ilustrarla, como Merimée para escribirla, la isla de Córcega, estudiando, como este último, detenidamente el carácter, las costumbres y la indumentaria de sus habitantes.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. – *Así era su cara*, por Julio Hoyos. – *Galería de los Uffizi de Florencia.* – *Colocación de una lápida en la casa que habitó Dantón en Choisy-le-Roy.* – *El proceso Ulmo.* – *Londres. La boda de miss María Botha.* – *Lourdes. Las fiestas del cincuentenario.* – *Un jugador de billar sin manos.* – *Vasos de madera tallada hallados en Arequipa (Perú).* – *París. Un nuevo Autobus.* – *Espectáculos.* – *Alegre*, novela (continuación). – *Carrera de automóviles Nueva York-París.* – *Marruecos. El campamento de Mar Chica ocupado por las tropas españolas en 14 de febrero próximo pasado.*

Grabados.—*Salida del baile de máscaras*, dibujo de S. Borrell. – *Dibujo de Mas y Fondevila para «Así era su cara».* – *Maternidad*, dibujo de Ricardo Lux. – *Galería de los Uffizi de Florencia (lámina 9.ª).* – *Colocación de una lápida en la casa que habitó Dantón en Choisy-le-Roy.* – *Proceso de Ulmo.* – *Miss María Botha.* – *Lourdes. Fiestas del cincuentenario.* – *Después de la excursión*, dibujo de J. Cusachs. – *Curiosidad*, cuadro de Vilmos Nagy. – *M. Sutton, jugador de billar sin manos.* – *Vasos de madera hallados en Arequipa (Perú).* – *París. Un nuevo Autobus.* – *Dibujos de Cutanda para la novela «Alegre».* – *Carrera de automóviles Nueva York-París* (tres grabados). – *Marruecos. Ocupación de Mar Chica por las tropas españolas.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si hablásemos de magia y de medicina á la vez?

Madrid anda alborotado—es decir, Madrid no, porque la noticia no ha cundido mucho aún; el revuelo está circunscrito á las personas que se han enterado, círculo relativamente corto,—pero, si no todo Madrid, una gran parte de la sociedad madrileña, al menos, experimenta en este momento las ansias de la esperanza y la emoción de las nuevas orientaciones. —Se trata de que parece haberse descubierto el específico infalible contra la tuberculosis.

¡Nada menos! Aquella enfermedad, al parecer incombatible é incurable, aquel espectro que rondaba á la juventud, aquel duende maléfico que estaba en todas partes y en ninguna, que flotaba en el aire y cabalgaba sobre los átomos del polvo disueltos en un rayo de sol, aquella plaga—mucho más aterradora que las de Egipto—ya está vencida, si creemos á las referencias que nos llegan por distintos conductos y que son propias para despertar el interés de curiosidad en quien más dominado lo tenga.—Una persona muy conocida, una señora joven, hija de un prócer dos veces ilustre, por la genealogía y por la tradición literaria, había sido acometida del terrible mal. Éste había adelantado ya tanto, que la enferma se deshacía en sudores y síncopes, y los médicos la desahuciaban, señalando término muy próximo para el fatal desenlace. Fué entonces cuando aplicó el nuevo remedio, que acababa de aparecer, sin bombo ni platillos; apenas como una tímida noticia, un ensayo incierto. Y al poco tiempo de usar el remedio extraño, la enferma empezó á reponerse, á comer, á andar, á engordar; las cavernas del pulmón se cerraron, la expectoración se suprimió, los sudores lo mismo... y la moribunda de antes es hoy un individuo normal, sano y salvo ..

Otra curación no menos sorprendente, con el mismo medicamento, es la de un caso de *lupus*. La substancia que en inyecciones y en inhalaciones cura la tuberculosis, en fricciones contiene y ataja el horrible mal, el repugnante y devorador *lupus*, cicatrizando su asquerosa llaga. Las propiedades que tal hecho parece descubrir en los elementos del prodigioso bálsamo, abren el camino á la esperanza de la tan buscada, anunciada y nunca obtenida curación del cáncer... ¿Quién puede calcular lo que lleva consigo este descubrimiento? ¿Quién adivina las consecuencias de un hecho, en la infinita cadena de los hechos futuros y posibles?

El hecho de la aparición de este específico es—según se refiere—del todo casual. El médico que lo aplica y despacha y que le ha dado su nombre, no dedicó vigilias y sudores á encontrar la fórmula, porque se la dió hecha la naturaleza... Insisto en que no hago más que repetir lo que por ahí se dice y oye, sin salir responsable de la exactitud de tales relatos. —Véase uno, más parecido á leyenda que á historia. —Incendiada una chimenea de fábrica, goteó por sus paredes un líquido resinoso, que un médico tuvo la ocurrencia de recoger, enfrascar y ensayar como medicamento, con asombrosos resultados.—Y aquí entra lo inquietante de este descubrimiento: que la primera materia del portentoso específico ha sido obtenida mediante una combinación que tal vez no pueda reproducirse, y en ese caso, la *ricotina*—es el nombre que se da al bálsamo—sería como esos filtros que sólo se componen cada mil años, en un día dado, bajo la influencia de determinados signos astrales, ó como el famoso pez autómata de Alberto Magno, que pedía iguales requisitos y conjunciones de estrellas...

Mientras se averigua y se depura este caso singular, nadie puede impedir que una ola de esperanza penetre en los corazones de los que ven consumirse lentamente ó arder en fiebre devoradora á un ser querido... ¡Si fuese cierto! ¡Si la tuberculosis, el monstruo pálido, se batiese en retirada! ¡Si se pudiese atajar su marcha de espectro!

El doctor que tal consiguiese—pero de verdad, con resultado seguro siquiera en el cincuenta por ciento de casos,—se haría archimillonario, se hartaría de recibir oro y, además, sería preciso elevarle un templo, como á Esculapio se lo erigieron los griegos reconocidos. Sí; á la categoría de divinidad sería necesario sublimar al que tamaño beneficio dispensase á los hombres. ¿Nos resolveremos á señalar con cifras de luz la fecha del descubrimiento de la *ricotina*? ¿Será esta fecha un timbre de gloria para España? ¿O será un desencanto más, semejante al del célebre submarino, cuya valía, por enorme y estupenda que fuese, no puede compararse á la del sencillo remedio? ¿Habrá éste indicado el camino para que, si no en la actual fórmula, en otra que largas investigaciones permitan fijar, la curación de la tuberculosis sea una realidad dentro de algunos años? Porque la base de resina que tiene el medicamento hoy ensalzado, pudiera entrañar una revelación. Por algo los tísicos son enviados á sanatorios situados entre pinares, y por algo el pulmón se ensancha cuando recibe el aire saturado de esos efluvios puros y vigorosos... Acaso en la resina está la salud.

***

Nunca se encontrará medio de evitar la muerte; pero yo entreveo como una aurora la posibilidad de combatir victoriosamente las enfermedades que atacan á la juventud. Acaso algún día, lo normal será morir viejo. La poesía habrá perdido algo, pero la existencia de la gente civilizada será más firme, tranquila, normal y dulce. No existirán las criaturas soñadoras y abrasadas en su propia llama, como las Margarita Gautier, las Cherie, las María Baskirtreff—unas fruto de la inventiva literaria, otras flores de una civilización presurosa y escéptica, con fondo de romanticismo;—no se verán, en Niza, en Cannes, en Pau y en Málaga, esos tipos delicados, tocados ya por la mano de esqueleto de la muerte, de mejillas de alelí blanco marchito, de ojos con cerco morado, de sienes hundidas y de labios resecos por la calentura, que sonríen dolorosamente, como si un martirio íntimo y triste les arrancase, en protesta, esa sonrisa suprema. En cambio, las lágrimas de las madres tendrán un manantial menos por donde correr, el porvenir de la juventud no será tronchado en flor y el hombre podrá fundar un hogar, sin miedo á tener que abandonarlo para emprender el camino del cementerio, que la tuberculosis rellena con horrible prodigalidad ..

***

Se acercan los Carnavales, unos Carnavales mustios, de antemano amortecidos, sin que sea fácil adivinar por qué. Esto se diría que es algo que flota en el aire, algo que no tiene fácil explicación. Podrían este año señalarse, como causas y concausas de la desanimación que se presiente, la estancia de la corte en Sevilla y la magnificencia de los festejos que se preparan en San Sebastián, donde parece que el Casino y la población entera echan el resto para emular á Niza—salvo el clima, que nunca se prestará á la seguridad de buen tiempo en estas épocas, pues la «bella Easo» es, como Galicia, tierra de primavera agria y lluviosa.

Dícese que los bailes del Casino, para los cuales hay presupuestos setenta mil duros, resultarán algo fantásticos por su esplendidez; y no sólo la colonia extranjera y española de Biarritz se trasladará allí, á disfrutar del espectáculo, sino que de Madrid, numerosas familias que tienen casa en San Sebastián, allá se dirigen, deseosas de no perder festejos que se anuncian con aureola de tan extraordinarios lujo y ostentación. Las comparsas y cabalgatas no se quedarán atrás de los bailes, y en todo va San Sebastián á ponerle á Madrid la ceniza en la frente, según se afirma.

Si el Carnaval cayese en el mes de mayo, su decadencia (que ha llegado á ser un tópico) no se acentuaría, probablemente, al menos en muchos años. No sé si algún día desaparecerá esta clase de fiestas: hoy no llevan trazas de desaparecer, al menos en su forma algo culta, no *saturnálica*. Y la misma *saturnal* todavía colea en los innumerables bailes que reunen á lo más caracterizado de la hamponería y del vicio matritense—sucia espuma agitada, en cuyos remolinos van envueltos el dinero, la salud y la frescura de tantas mocedades...

Yo no puedo vencer un horror físico, una especie de estremecimiento del alma, al pensar en tales bailes, y en general, en todos los bailes de máscara de pago. Mi sensación de repugnancia está, lo comprendo, fuera de toda proporción con el motivo, pero es algo que no razono, y ha sido causa de que en toda mi vida no haya asistido más que á dos; al primero, para salir de la curiosidad; al segundo, por compromiso y para recibir una impresión bien triste... Acaso no sea el concepto moral que se desprende de tales bailes lo que me molesta; acaso sea, lo repito, algo que atañe al cuerpo: los olores, los ruidos, los gestos estúpidos de las caras, el aburrimiento mal escondido bajo la apariencia de placer, la ordinariez, la insipidez del cuadro, en general. Ello es que esos bailes de careta me son profundamente antipáticos; y no ahora, en que mi edad madura explicaría todo retraimiento, sino desde mi primera juventud.

Evoco el recuerdo del primero, al que fuí por saber «cómo son»—deseo universal en las muchachas. —Eran aquellos célebres, antiguos bailes de máscaras del teatro Real, que ya habían empezado á estar muy de capa caída desde la Revolución; pero que todavía conservaban bastante de su prestigio y á los cuales, realmente—no como ahora, en que el caso es por lo menos inusitado,—concurrían, velándose con el antifaz y el dominó, innumerables señoras de lo mejor de la sociedad. Conmigo iban, aquella noche, una duquesa y una marquesa, una de ellas dama de una reina, y las dos animadas y de alegre condición. ¡Qué melancólico es siempre volver la vista atrás! La duquesa ya hace largos años que ha desaparecido de entre los vivos, y la marquesa tiene nietos.—Volviendo á nuestra odisea en el baile, diré que, á poco de haber entrado en él, abriéndonos camino difícilmente, tal estaba de lleno, un (¿cómo diré?, ahora le llamaríamos un *conocido sportman*), se me acercó vivamente, ofreciéndome su brazo. Iba yo á iniciar no sé qué broma insulsa (porque para broma graciosa no poseía tela cortada), cuando mi propio interlocutor me sugirió el tema, pues comprendí que me tomaba por otra persona, y otra persona con quien tenía largas cuentas que ajustar... Al pronto, negué; pero sin duda existía, antifaz aparte, una semejanza, y el equivocado porfió en que yo no podía ser sino la esposa de cierto capitán general, etcétera... Ante tal obstinación, acabé por conformarme y seguir la broma, cuya base era una ruptura á que él no se avenía. Le hice vagas reflexiones y casi se convenció de que, en efecto, era preciso que «aquello» concluyese, como aconsejaban de consuno la razón, la conveniencia y hasta la moral... Y sin querer, hube de enterarme plenamente de lo que no me importaba un ardite...

Después, en varios sitios, tuve ocasión de volver á verles á *él* y á *ella*. Una sonrisa asomaba involuntariamente á mis labios, pensando si acaso, como en las comedias clásicas de Lope y Calderón, al enredo y quid pro quo de la careta y las máscaras se debía el que aquellos dos seres, en vez de buscarse afanosos, se evitasen y huyesen dondequiera... Y al mismo tiempo confieso que no me saltaba á la vista aquel parecido que pudo originar el error.

Emilia Pardo Bazán.

BOUQUET FARNESE 29, Bd des Italiens. VIOLET

ASI ERA SU CARA, cuento de carnaval, por Julio Hoyos

Dibujo de Mas y Fondevila

Se cogió Colombina del brazo de Cancela y fué aquel encuentro decisivo

Encontramos á José Cancela cuando nos apartábamos del vórtice carnavalino que torrenteaba por lo largo del paseo. Trotaban las bestias arrastrando las apoteosis de las carrozas; pasaban las figuras de la leyenda, los reyes pintorescos de una hora de locura: Pierrot, el pálido juglar lunario; Arlequín el bellaco, con la perlería cascabelera de su caperuza, que sonaba como metálicas carcajadas; Colombina, flor de cinismo, toda blanca y banal; Bebé rosa, saltando con su cuerda; Llorón el mofletudo, agitando su sonaja y sus gritos más estridentes, y en lamentable exceso, mezclábase Destrozona la harapienta, vanidosa entre el triunfo de sus guiñapos sucios, al hombro la escoba sarnosa y rastreante la cola polvorienta. Del conjunto gregario, sólo estas figuras daban á la atención sus ridículos, sus excentricidades y su locura.

—¡Pepe! ¡Cancela!

Y nuestro buen amigo se alegró infinito del hallazgo, ya que todos comulgábamos en las mismas ideas. Aquello mareaba. Cierto que se bebía la alegría á boca llena; pero como el vino demasiado abundante, mareaba aquel torbellino carnestolendo.

Por los andenes de la Castellana se amasaba el gentío, rodeando el paseo con un abrazo de humanidad lujuriosa y revuelta. Protestaban coquetonamente las mujeres del varonil atrevimiento, y cuando se hacía un claro, propicio para restaurar las fuerzas y recomponer el tocado, se aprovechaba con precipitación y se volvía de nuevo á la batalla de papelillos lanzados á la carne deseada, entre risas pasionales y miradas carceleras. Florecía el color en las mejillas; palpitaban los labios; agitaban sus alas las mariposas de los párpados; quebrábase la luz en las pupilas incendiadas de deseo; las sierpes de la lascivia se enroscaban en los cuerpos sedientos; del amasijo viviente se evaporaba un vocingleo infernal y sobre la rasura humana, bajo el azul purísimo del cielo, la diosa Carna iba vertiendo cestas de sol y de alegría.

—Parecéis unos viejos razonables, dijo Cancela. Que me aparte yo de todo este mareo, yo... ¡que soy casado!.. ¡Pero vosotros!..

Había en la exclamación de nuestro amigo tanta sorpresa por nuestra conducta retraída, como por su estado. Y era suficiente aquel su acto de casamiento para causar la mayor de las sorpresas, porque con ello dió una patente contradicción á sus constantes declaraciones. Cancela adornaba su extremada simpatía física con un temperamento artístico altamente exquisito. Cuando íbamos á su taller, dejaba el trabajo para hablar con nosotros. Necesitaba quedarse solo en absoluto para dar al barro, al mármol ó á la escayola algo de su propia alma, algo de su mismo ser; y sus mujeres eran todo espíritu, rosas de belleza por cuyas líneas resbalaban la armonía y la gracia. Vivía en un mundo completamente suyo, hecho por él de él mismo, para él mismo, y cuando se quejaba de sus soledades, de las que no le consolaban ni la estimación general ni su fama de artista, y le aconsejábamos el matrimonio, él aseguraba que sus exigencias estéticas le ponían una barrera inaccesible. «Mi mujer ha de ser bellísima, inteligente, delicada, joven...» Su maestro, gran escultor porque había hecho un gran discípulo, se reía de los pensamientos de aquel hijo espiritual que discurría como él discurrió cuando tenía su misma vida de célibe solitario. Se reía su maestro porque tenía la evidencia de que ante el primer contacto con la astucia femenina caería de la altura de su quimera, y el buen hombre aconsejaba la unión conyugal, porque la mujer merma un poco los vuelos al espíritu y esto era muy necesario, según su criterio. A pesar de sus benéficos consejos, no consiguió jamás que Cancela acudiese á las reuniones familiares que se daban en casa del maestro, donde su hija Claudina reunía sus mejores amigas y aguzaba su ingenio feliz á cambio de la belleza que el destino desterró de sus facciones insignificantes. No era Claudina fea en concreto, pero rayaba en la insignificancia más lamentosamente vulgar; ni sus ojos, pequeños y grises, denotaban la fuerza de su ingenio maravilloso. Sabía Cancela de su fealdad lo suficiente y no había pretendido nunca conocerla; pero Claudina sí. Claudina, que oía hablar constantemente á su padre de las excelencias del joven escultor; Claudina, que comprendía ya el carácter del artista por los comentarios del maestro, deseó conocer á Cancela, y pronto trajo su padre el retrato del discípulo con la cariñosa dedicatoria de costumbre.

Cuando llegamos al café, bien arrellenados en el diván, ante los vasos de la humeante bebida y entre las azuladas espirales que el tabaco retorcía hacia el techo, Cancela nos contó su peregrina abdicación, que en la actualidad cumplía el tercer aniversario.

Bajo la presidencia honoraria del padre de Claudina se había formado una sociedad artística con todos los mejores elementos de aquella capital provinciana, rica en flores y en sol y famosa en belleza y en arte. En los comienzos del año quedó la sociedad constituída; por todo el enero se arregló el local y las fiestas carnestolendas aprovechaban para la espléndida inauguración. En el primer baile se ofrecían dos premios: uno al mejor disfaz y otro á la careta de mayor mérito artístico. Las caretas habían de llevarlas las señoras disfrazadas, y como todo se desarrollaba entre las familias de los artistas, tenía aquel concurso un carácter señaladamente amistoso.

A la hora convenida entraban los socios con sus parejas enmascaradas, al primer baile de Carnaval. El salón, poco espacioso, del local se abarrotó de tal modo, que al jurado le costó un triunfo poder fallar con exactitud.

Bastante le costó al padre de Claudina conseguir que fuese Cancela al baile; pero, al cabo, se había logrado su deseo, y allí estaban juntos maestro y discípulo, pasando revista al desfile de caretas, en las que los socios pusieron todo su ingenio. Las había notables de originalidad, expresando sorpresa, espasmo, alegría, displicencia, todo representado con una verdadera riqueza en el gesto; ráfagas de sensaciones disecadas en el cartón recubierto de cera pintada.

Fué una Colombina la que estorbó la conversación de los dos artistas; una Colombina ligera en las actitudes, trivial y coqueta como la heroina banal, como la amada de Pierrot, el pálido juglar lunario. Vestía su disfraz con excelente gracia, y al acercarse con la broma de su tiple parlanchinería, llamó la atención de Cancela su careta; una careta reflejo fiel de la fisonomía natural de una mujer joven en la que faltaba la belleza. Parecía aquella máscara de la desconocida Colombina un retrato perfecto de una cara femenina de líneas, si no vulgares, insignificantes del todo. Casi pálida la color, algo estirado el mentón bajo una boca de labios gruesos, nariz proporcionada y ancha la frente, aquella composición de facciones no era capaz de interesar al menos exigente.

Se cogió Colombina del brazo de Cancela y fué aquel encuentro decisivo. No bailaron apenas. Les

faltaba tiempo para escucharse. El ingenio agudísimo de Colombina hizo gloria sobre las tenebrosidades pensantes del artista. Aquella era su mujer, delicada en el decir, soñadora en la concepción del pensamiento, exquisita en el apresamiento de las ideas antes que las frases llegasen á su término...

Y decía Cancela, reclinado sobre el amor de su pareja:

—Colombina, alma mía, quítate la careta. Te quiero como seas; es tu mujer escondida la que adoro y para nada influirá en mí la visión de tu semblante.

—Soy fea, artista, soy insignificante, como mi careta, lo mismo que mi careta.

Asi era su cara. Claudina había conseguido que su padre le hiciese una careta reflejo fiel de su semblante y no consintió quitársela en toda la noche, pero quedaron citados para verse al siguiente día.

Y nuestro amigo Cancela, bebiendo un buen sorbo de café, terminó:

—Yo conocía las excelencias de mi maestro, pero en aquella careta puso todo el ingenio, ingenio que no conquistó la fama para él, pero sí la felicidad de su hija. El parecido era exacto. Cuando vi á Claudina, creí que aún llevaba la máscara de la noche anterior. Es fea, ¡á qué negarlo!, pero tiene un tesoro de belleza en su espíritu, y cuando la miro, ya que la vida es Carnaval continuo, me hago la ilusión de que estoy ante mi pareja enamorada esperando, ansioso, el momento en que se quite la careta.

Maternidad, dibujo de Ricardo Lux

Galería de los Uffizi de Florencia. —Colección de auto retratos de artistas celébres.

IX

Cristiano Seybold.—Nació en Mayence en 1697 y murió en Viena en 1768. No tuvo maestro, y las enseñanzas que pudo adquirir se las procuró el estudio de la naturaleza, llegando á distinguirse como paisajista y excelente pintor de retratos. Por sus méritos fué nombrado pintor de cámara de la emperatriz María Teresa, citándose entre sus obras más notables el estudio de un anciano y algunos retratos.

Edmundo Bouchardon.—Nació en Chaumont en 1698 y murió en París en 1762. Recibió de su padre, escultor y arquitecto, las primeras nociones del dibujo, completando sus estudios en el taller de Coustou. Trasladóse después á Roma, en donde permaneció diez años, ejecutando diversos trabajos, entre ellos los bustos de Clemente XII y de los cardenales Polignac y Rohan. En vista del éxito alcanzado, fué llamado á París por el monarca, quien le nombró escultor de la casa real, confiándole la ejecución de varias obras para los palacios de Versalles, Grosbois y otras residencias reales, distinguiéndole también con el cargo de profesor de la Academia. Entre sus obras más notables merecen citarse *San Carlos Borromeo,* la estatua ecuestre de *Luis XV, El rey y el delfín,* etcétera. Consideróse á este artista como uno de los escultores más notables del siglo XVIII.

Josué Reynolds.—Nació en Plympton (Devonshire) en 1728 y murió en Londres en 1792. Destinábale su familia á la profesión médica, pero manifestó tal afición al dibujo, que sus padres le colocaron en el taller de Hudson, estableciéndose á los dos años en Plymouth, en donde pintó varios retratos que llamaron la atención. Al ocurrir el fallecimiento de su padre trasladóse á Londres y después á la isla de Menorca. Visitó asímismo Roma, Florencia y otras ciudades de Italia, fijando, por último, su residencia en Londres. Tomó parte en la primera Exposición de Pintura, siendo el primer presidente de la Real Academia. Entre sus obras cítanse las tituladas *El conde Ugolino y sus hijos, La Musa de la Tragedia, La muerte del cardenal de Beaufort,* etc.

Jorge Romney.—Nació en Daltón (Lacanshire) en 1734 y murió en Kendal en 1802. Hijo de una modestísima familia, recibió una instrucción muy incompleta. Desde sus primeros años dió muestras de ser muy hábil é ingenioso, comenzando á dibujar, pintar y grabar sin la dirección de un maestro. En 1762 fué á Londres, en donde se dedicó al estudio y pintó varios cuadros de historia. Trasladóse después á París y recorrió Italia, fijando, por último, su residencia en Londres, ganando sumas considerables pintando retratos, que eran acogidos con general aplauso. Entre sus cuadros se citan los titulados *Casandro* y *Naufragio.*

María Ana Angélica Catalina Kauffmann.—Nació en Coira (País de los Grisones) en 1741 y murió en Roma en 1807. Su padre, también pintor, fué su primer maestro. Dotada de gran habilidad, dióse á conocer, siendo muy joven, como retratista, en Parma, Florencia, Roma y Nápoles, estableciéndose en Londres, en donde la satisfacción de que pudo gozar por el éxito obtenido fué amargada por el engaño de que fué víctima, casándose con un titulado conde de Hor, que resultó un cínico aventurero. Anulado el casamiento, volvió á tomar los pinceles, casándose con el pintor Antonio Zucchi, instalándose en Roma. La pérdida de su fortuna la sumió en el mayor abatimiento, abreviando sus días. Estímanse sus producciones por su elegancia y la cultura que revelan, citándose de entre ellas la que representa á *Leonardo de Vinci expirando en los brazos de Francisco I.*

Andrés Appiani.—Nació en el Alto Milanesado en 1754 y murió en 1818. Pertenecía á una familia noble, pero pobre, recibiendo con provecho las primeras enseñanzas del caballero Guidei. Para subvenir á sus necesidades vióse obligado á pintar decoraciones, completando penosamente sus estudios. Sobresalió en la pintura de frescos, citándose entre los más notables los que decoran la cúpula del Coro de Santa María de Milán, los techos del castillo de Mouza y las composiciónes del palacio de Milán. Pintó los retratos de casi toda la familia Bonaparte, que le colmó de honores y distinciones. También deben mencionarse sus cuadros *El Olimpo, El tocador de Juno, El lunar,* etc. La elegancia y la pureza del dibujo y la armonía y brillantez del colorido son las cualidades que distinguieron á este artista, que falleció próximo á la indigencia, por habérsele retirado las pensiones que disfrutaba al ocurrir la caída de Napoleón I.

María Luisa Isabel Vigée Le Brun.—Nació en París en 1755 y murió en la misma capital en 1842. Hija del pintor Vigée, perdió á su padre á los trece años y cuando comenzaba á dar muestra de sus felices disposiciones para la pintura. Había adquirido gran reputación por sus retratos y era celebrada por su belleza, cuando se casó con Le Brun, que no fué más que un obstáculo en su vida. Hizo muchos retratos de María Antonieta, de quien llegó á ser amiga, y de todos los individuos de la familia real. Ingresó en la Academia de Pintura y concurrían á sus reuniones los artistas más eminentes, los escultores más ilustres. Abandonó Francia al empezar la Revolución, viajando por Alemania, Italia y Rusia, alcanzando nuevos triunfos. De regreso en París fué también acogida por Napoleón y madame Stael, conservando hasta su muerte su reputación de mujer inteligente. Produjo 662 retratos, 15 cuadros de diversos asuntos y cerca de 200 paisajes. Además publicó una obra titulada *Recuerdos de madame Vigée de Le Brun.*

Benigno Gagnereaux.—Nació en Dijón en 1756 y murió en Florencia en 1795. Hijo de un tonelero, dedicóse al estudio de la pintura contra la voluntad de su padre, que pretendía continuara su profesión. Ingresó en la Escuela de Bellas Artes, distinguiéndose por su aplicación y rápidos progresos, de tal suerte que obtuvo un premio extraordinario que le permitió residir en Roma, en donde estudió las obras de los grandes maestros. A una casual circustancia debió su notoriedad, ya que sólo se había dado á conocer por medio de algunos apuntes. Dícese que, apresuradamente y como mero capricho, pintó una *Bacanal* en una de las paredes de las Termas de Diocleciano, siendo tan celebrado su trabajo, que el papa Pío VI deseó ver aquella maravilla, acompañándole en su visita el cardenal de Bernis. Desde entonces fueron muchos los encargos que se hicieron al antes desconocido pintor, entre ellos el rey de Suecia, que le distinguió con el título de pintor de cámara. Colmado de honores y favorecido por la fortuna, no pudo gozar completa dicha, puesto que fué engañado por la mujer á quien amaba, y no pudiendo resistir tal desventura, se suicidó, arrojándose desde una ventana de su casa. Entre sus muchas obras distínguense las tituladas *Batalla de Senef* y el *Gran Condé pasando el Rhin.*

Antonio Canova.—Nació en Posagno (provincia de Trevisa) en 1757 y murió en Venecia en 1822. Huérfano de padre en temprana edad, hubo de manejar el martillo y el escoplo para trabajar en la piedra del país, y en vista de sus aptitudes y de su laboriosidad, dispensóle su protección el senador Falini, que le colocó en el taller del escultor Torretti. Tales fueron sus adelantos, que obtuvo varios premios, ejecutando á los diez y siete años las estatuas de *Orfeo* y *Euridice.* A estas obras siguieron otras no menos importantes, trasladándose á Roma, en donde, entre otras producciones, ejecutó el grupo *El Amor y Psiquis,* los mausoleos de Clemente XIII y Clemente XIV y la estatua de Pío VI. Con el propósito de descansar, visitó las ciudades de Munich, Dresde, Berlín y Viena, viéndose obligado á regresar á Roma para atender los numerosos pedidos que se le hacían. Difícil sería mencionar todas las obras que produjo, tal es su número, ya que fué uno de los artistas más fecundos de su época. Amable, dulce, complaciente y modesto, no alimentó envidias ni rencores. Herido de grave enfermedad, motivada por el exceso de trabajo, falleció en Venecia, produciendo general sentimiento. Sus restos descansan en la iglesia de *Frati,* en donde se le erigió un monumento con el producto de una subscripción abierta en Europa y América.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Cristiano Seybold, alemán (1697-1768)

Edmundo Ronchardon, francés (1698-1762)

Josué Reynolds, inglés (1728-1792)

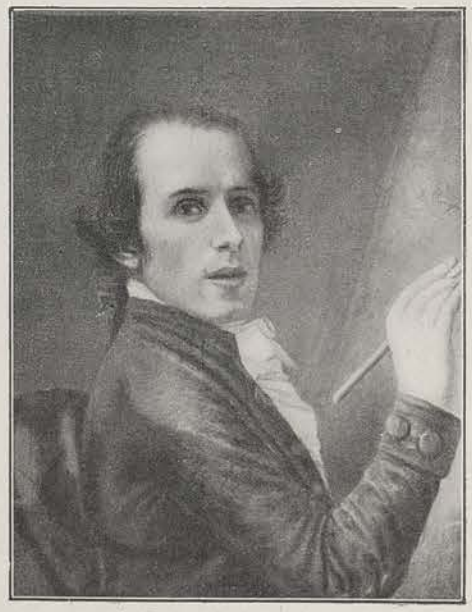
Jorge Romney, inglés (1734-1802)

Angelica Kauffmann, suiza (1741-1807)

Andrés Appiani, italiano (1754-1818)

Elisabet Le Brun, francesa (1755-1842)

Benigno Gagnereaux, francés (1756-1795)



Antonio Canova, italiano (1757-1822)

LÁMINA 9.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

COLOCACIÓN DE UNA LAPIDA CONMEMORATIVA

EN LA CASA QUE EN CHOISY-LE-ROY HABITÓ DANTÓN

En el pueblo de Choisy-le-Roy, situado en las inmediaciones de París, efectuóse el domingo 23 de febrero último la ceremonia de colocar una lápida conmemorativa en la casa en que habitó el famoso convencional Dantón, en compañía de su segunda esposa, durante el otoño de 1793 y los primeros meses de 1794.

Concurrieron á aquel acto multitud de sociedades y corporaciones de la región. En un tablado dispuesto delante del modesto edificio situáronse el presidente del Consejo de Ministros, M. Clemenceau, el alcalde, los concejales, M. Peltier, bisnieto de Dantón, y varios senadores, diputados y consejeros departamentales. Después de un desfile de las sociedades con sus charangas y estandartes, el alcalde de Choisy-le-Roy, M. Rondu, trazó los rasgos más salientes de la vida de aquel convencional, y M. Clemenceau pronunció un discurso fogoso ensalzando el patriotismo de Dantón é invocando su ejemplo para salvar á Francia y á la República.

Por la tarde M. Peltier dió una conferencia sobre Dantón íntimo y por la noche los comités locales se reunieron en un banquete para celebrar el recuerdo histórico que significaba la colocación de la lápida.

Choisy-le-Roy.—Colocación de una lápida conmemorativa en la casa en que habitó el celebre convencional Dantón,
Ceremonia efectuada el día 23 de febrero último. – El cortejo de las diversas sociedades de la región que asistieron á la ceremonia. – Casa que habitó Dantón y en la que se ve la lápida conmemorativa. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

EL PROCESO ULLMO

En Tolón se ha visto y fallado hace pocos días este proceso, que ha despertado gran interés en toda Francia por tratarse en él de delitos tan graves como los de espionaje y alta traición.

El alférez de navío Ullmo, usando un nombre falso, había dirigido en septiembre último al ministro de Marina una carta diciéndole que poseía clisés fotográficos del Código de señales é instrucciones, de las señales de reconocimiento y palabras secretas y de los canales de seguridad de cinco puertos militares y ofreciendo entregar dichos clisés mediante la entrega de 150.000 francos. Al mismo tiempo manifestaba que, de no comprárselos el ministerio, estaba dispuesto á venderlos á una potencia extranjera. Para la contestación, indicaba la sección de «pequeña correspondencia» del *Journal*.

El ministro entregó aquella carta á la Seguridad general, y el comisario principal de ésta, M. Sebille, siguió durante algún tiempo en las columnas del citado diario una correspondencia con Ullmo, que apremiaba para arreglar pronto el asunto é insistía en sus amenazas de entenderse con una potencia extranjera, y al fin pudo preparar al alférez de navío una emboscada, en la que éste se dejó coger.

En efecto, el día 23 de octubre del año pasado, Ullmo aceptaba una cita en un sitio algo solitario de las inmediaciones de Tolón, y allí, cuando se disponía á cobrar el precio convenido por la entrega de los documentos, fué detenido por los agentes de seguridad que estaban escondidos y que acudieron al llamamiento de su jefe, M. Sulzbach. Éste había mostrado á Ullmo el paquete de billetes de banco que había de entregarle á cambio de los clisés, y cuando aquél se disponía á recogerlos revólver en mano, el agente, que es un gran boxeador, le tiró al suelo, le sujetó y llamó á sus subordinados.

Ullmo, en su primera declaración, confesó cómo se había apoderado de los documentos. Durante una ausencia del comandante del contratorpedero *Carabine*, tuvo á su disposición, en su calidad de segundo del buque, todas las llaves de á bordo, de lo que se aprovechó para proporcionarse una llave falsa, con la cual pudo abrir en lo sucesivo el arca de hierro en donde los documentos se guardaban y llevarse éstos á su casa y fotografiarlos.

El acto cometido por el alférez de navío fué considerado como un sencillo *chantage*, pero la instrucción puso de manifiesto que á éste había precedido una serie de negociaciones con el agente de una potencia extranjera para la venta de aquellos importantes documentos y Ullmo ha confesado que realmente había sostenido esas negociaciones, pero ha afirmado que no había entregado documento alguno.

La vista del proceso ha sido á puerta cerrada, pero el informe del acusador se ha publicado impreso y en él se demuestra con pruebas contundentes la traición de Ullmo. El defensor de éste procuró sacar todo el partido posible de la difícil situación de su patrocinado é hizo un alegato elocuente y muy razonado.—P.

El alférez de navío francés Ullmo escuchando la sentencia del Consejo de guerra celebrado en Tolón que le ha condenado á las penas de degradación y deportación perpetua en una fortaleza. (De fotografías de Branger.)

LONDRES

LA BODA DE MISS MARÍA BOTHA

El día 22 de febrero último celebróse en Londres, en la vieja iglesia holandesa de Austin Friars, la boda de la señorita María Botha, hermana menor del que fué general en jefe de las tropas transvaalenses durante la guerra contra los ingleses y hoy desempeña el cargo de primer ministro de la colonia inglesa del Transvaal, con Mr. R. C. Hawkin, secretario del Eighty Club.

Aunque hacía un tiempo horrible, el templo estaba lleno, desde mucho antes de comenzar la ceremonia, de un público distinguido, en el que figuraban, entre otros muchos personajes notables, el lord canciller Mr. Asquith, lord Carrington, sir Samuel Evans, el lord alcalde de la Ciudad, lord Coleridge y el cónsul general de los Países Bajos.

Fué celebrante el reverendo E. Hawkin y terminado el oficio religioso, el reverendo Dr. Clifford pronunció una corta plática, en la que expresó la esperanza de que esa unión será un nuevo vínculo de afecto y amistad fraternales entre los dos pueblos que representan los dos jóvenes desposados.

La verdad es que, como decíamos no hace mucho á propósito del regalo del diamante *Cullinam* hecho por los transvaalenses al rey Eduardo VII, Inglaterra ha dado una vez más pruebas evidentes de sus excepcionales aptitudes de nación colonizadora en el mejor sentido de esta palabra. Con su conducta habilísima, con su protección decidida á sus nuevos súbditos, ha logrado en poco tiempo que éstos olviden la sangrienta lucha sostenida contra los ingleses y terminada con la pérdida de su independencia, y que acepten de buen grado su dominación.

Poco más de cinco años y medio han transcurrido desde que se firmó entre boers é ingleses la paz impuesta por éstos por la fuerza de las armas; y á pesar de que el odio de los vencidos parecía no deber extinguirse en mucho tiempo, hoy el intrépido caudillo que capitaneó á los heroicos transvaalenses desempeña el cargo de mayor confianza en el gobierno autónomo de la colonia y concede gustoso la mano de su hermana á un compatriota de los que arrebataron á los boers su libertad.

Londres.—Boda de miss María Botta, hermana del que fué general en jefe de las tropas transvaalenses y hoy es primer ministro de la colonia inglesa del Transvaal, con Mr. R. C. Hawkin. – La novia disponiéndose á ir á la iglesia. (De fotografía de World's Graphic Press.)

LOURDES

LAS FIESTAS DEL CINCUENTENARIO

El día 11 del mes próximo pasado cumpliéronse cincuenta años de la primera aparición de la Virgen á Bernadette Soubirous en la gruta de Massabielle, situada cerca del río Gave, en las inmediaciones de la ciudad de Lourdes. Para conmemorar el quincuagésimo aniversario del milagroso suceso, se han celebrado en aquella población grandes fiestas religiosas, á las cuales han concurrido quince prelados franceses presididos por el cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos y legado del papa.

Pero lo que ha dado á esas solemnísimas fiestas un carácter verdaderamente único, no ha sido la pompa de los oficios religiosos que se dijeron en la basílica del Rosario, ni el aspecto deslumbrador que ofrecía el interior de aquel grandioso templo, iluminado por millares de luces, ni las largas procesiones que con las banderas desplegadas y entonando cánticos y rezos desfilaban por las calles de la ciudad, engalanadas con colgaduras, gallardetes, arcos de triunfo, estandartes, inscripciones y guirnaldas; sino que ha sido la multitud inmensa que de todas partes del mundo ha acudido á presenciarlas y á tomar parte en ellas, multitud en la que se veían confundidos tipos de todos los países y en la que se oían todos los idiomas.

En la mañana del día 11, último de las fiestas, los contingentes de fieles y peregrinos que innumerables trenes dejaban continuamente en Lourdes, formaban un verdadero mar humano que en agitado oleaje se dirigió á la gruta, en donde, al mediodía, se celebró la grandiosa y solemne ceremonia conmemorativa de la primera aparición, ceremonia que fué presidida por el cardenal Lecot. Monseñor Schœpfer, obispo de Tarbes, pronunció un sermón elocuentísimo, recordando el milagro que en aquella misma hora y en aquel mismo sitio se había realizado en el año 1858, y mostró á los fieles el rosario que llevaba Bernadette cuando se le apareció la Virgen y con el que rezó en presencia de ésta en aquella fecha.—T.

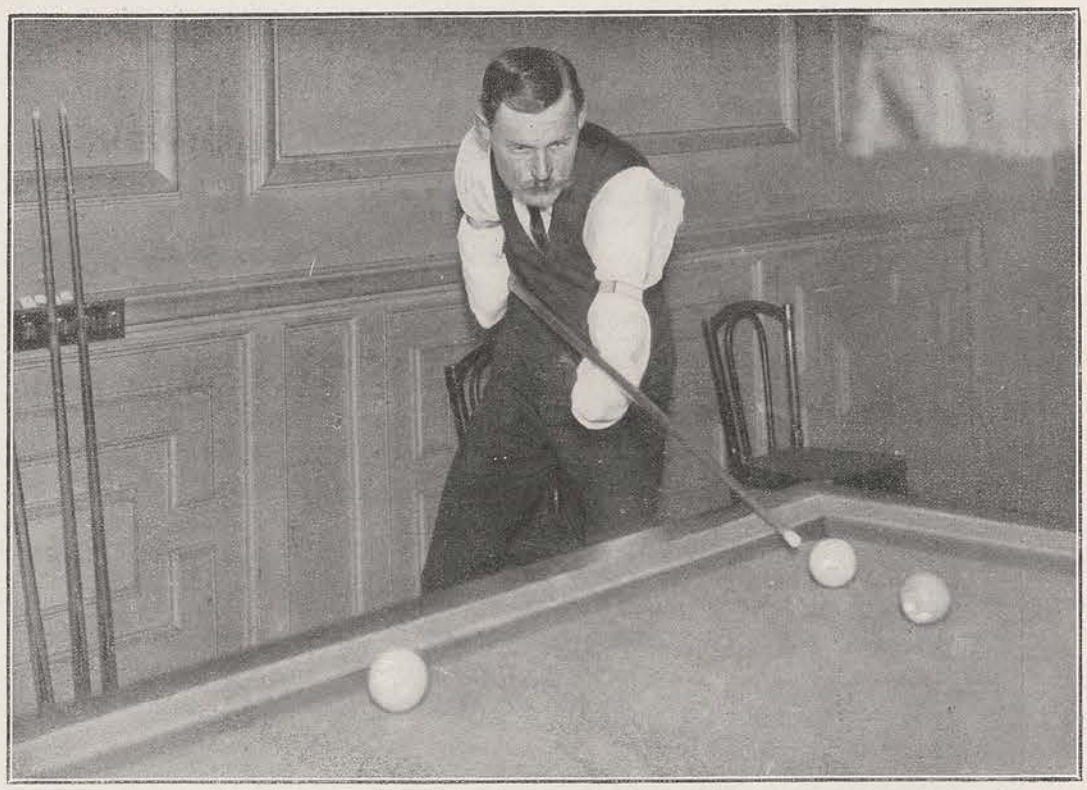
Lourdes.—Fiestas celebradas en el famoso santuario, en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la aparición de la Virgen á Bernadette Soubirous Monseñor Schœpfer, obispo de Tarbes, pronunciando un sermón en la gruta en la misma hora en que, en igual día de 1858, se realizó aquel milagro. (De fotografía).

DESPUES DE LA EXCURSIÓN, dibujo de José Cusachs

CURIOSIDAD, cuadro de Vilmos Nagy

UN GRAN JUGADOR DE BILLAR SIN MANOS

Son muchos los mancos que á fuerza de paciencia, de estudio y de ejercicio han conseguido sobresalir en algo para lo cual pueden considerarse indispensables los brazos. Hay artistas que tocan algunos instrumentos y otros que pintan valiéndose de los pies ó del trozo de brazo que aún les queda; y en espectáculos de circo y en salones de variedades han sido no pocos de ellos aplaudidos por la habilidad que demostraban. En otro género de trabajos, hemos visto también excelentes tiradores á quienes la falta de manos no impedía hacer blancos sorprendentes, y actualmente en Alemania ha sido proclamado como uno de los mejores carambolistas el Sr. Sulton, cuyo retrato adjunto reproducimos.



M. Sutton, que, á pesar de ser manco de ambas manos, es uno de los mejores carambolistas
(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

VASOS DE MADERA TALLADA

ENCONTRADOS RECIENTEMENTE EN LOS ALREDEDORES DE AREQUIPA (PERÚ)

Por indicios debidos á una casualidad, practicáronse no hace mucho en una árida pampa situada á unos cinco kilómetros de Arequipa profundas excavaciones que dieron por resultado el hallazgo de los vasos de madera tallada que adjunto reproducimos y que son una curiosidad arqueológica al par que una obra de arte.

La altura de esos vasos es de cuarenta centímetros y su circunferencia, en su parte más ancha, de un metro ocho centímetros. La materia de que están hechos es la madera, que, por el transcurso del tiempo ha tomado un tinte obscuro del color del café, pero que, al cortarla ligeramente, resulta ser amarilla. Cada vaso es de una sola pieza y su ornamentación revela una seguridad extraordinaria y un depurado gusto artístico.

Ignórase á que época pertenecen y si fueron enterrados para guardar monedas, joyas, etc., ó con algún otro propósito; pero de todas suertes se trata de un interesante descubrimiento arqueológico acerca del cual los especialistas americanos no tardarán sin duda en dar las convenientes explicaciones.

Vasos de madera tallada encontrados en los alrededores de Arequipa (Perú).
(Reproducidos de «La Ilustración Sud-Americana,» de Buenos Aires).

PARÍS. – UN NUEVO AUTOBUS

Los vetustos, pesados é incómodos ómnibus que circulaban por las calles de la capital de Francia están en decadencia, de tal suerte que no es aventurado prever su próxima y total desaparición. Primero fueron los tranvías que les hicieron la competencia en las vías principales, después los automóviles públicos, á los que los parisienses han bautizado con el nombre de *autobus*, han completado su ruina recorriendo todos los trayectos en que los tranvías, por su índole especial, no habían podido ser instalados.

Pero también los primitivos *autobus* están llamados á desaparecer, vencidos, á la vez, por los modernos vehículos de esta clase que tienen condiciones de comodidad de que aquéllos carecían y de los cuales es buena muestra el que adjunto reproducimos, perteneciente á una compañía recientemente fundada. El interior de estos *autobus* es verdaderamente un modelo de *confort;* los asientos están distribuídos en compartimientos y son, en lugar de bancos, butacas y sofáes tan cómodos como elegantes.

Estos nuevos coches, que hacen el servicio desde la estación de San Lázaro á la de Lyon, tienen, sin embargo el inconveniente de que no pueden tomar ni dejar pasajeros en el trayecto, condición que ha sido impuesta para que esta concesión no perjudique á las anteriores.

París.—El nuevo *autobus* que hace el servicio desde la estación de San Lázaro á la estación de Lyon
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Espectáculos.—BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La casa vella*, bellísima comedia en un acto de Narciso Oller, inspirada en una producción del novelista francés Andrés Theuriet; y en el Romea, en la última función de la presente serie del «Teatre Intim,» *La campana submergida*, cuento dramático en cuatro actos de Gerardo Hauptmann, traducida por Salvador Vilaregut, con ilustraciones musicales de Pahissa, para la que han pintado dos hermosas decoraciones los Sres. Moragas y Alarma.

En el Eldorado actúa una excelente compañía dramática italiana que dirige la notable actriz Dora Baldanello, y que ha estrenado con muy buen éxito *La Gibigiana*, comedia en cuatro actos de Carlos Bertolazzi; *Il frutto acerbo*, comedia en tres actos de Roberto Bracco, y *La signorina*, comedia en tres actos de Ernesto Re.

El «Orfeó Catalá» ha dado el primer concierto de la serie que tiene anunciada, cuyo programa se componía de varias piezas ejecutadas al órgano por el maestro Daniel; de *Glosa*, grandiosa composición del maestro Pedrell escrita sobre un poema de Maragall; de *Catalanesques*, inspirada *suite* para orquesta del maestro Millet, y de *Alleluya* de Haendel. Todas estas piezas tuvieron una ejecución irreprochable y fueron calurosamente aplaudidas.

En el Liceo se ha dado una audición de varios fragmentos de la ópera *Atlantide*, sobre el poema de Verdaguer, música del maestro vascongado Sr. Urien. La obra abunda en melodías inspiradas y espontáneas y se presta al lucimiento de los cantantes. Las piezas fueron cantadas por las señoras Verger y Danis, y por los señores Fazzini, Molina y Giral.

MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *El drama de ayer*, drama en tres actos en Joaquín Dicenta; en la Princesa *Señora ama*, comedia en tres actos de Jacinto Benavente; y en Lara *El tercer demonio*, boceto de comedia en un acto de Jacinto Grau Delgado.

En el Real se ha estrenado con mediano éxito la ópera de Saint-Saens *Henry VIII*, dirigida por el maestro Sr. Lamothe de Grignon, expresamente designado por el eminente autor de la obra. En el propio teatro se ha puesto en escena *La Walkiria*, bajo la dirección del célebre maestro Walter Rall y cantada en alemán por la señora Sengern *(Brunilda)* y Buers *(Wotán)*, y en italiano por las señoras Baldassare *(Sieglinda)* y Hottoska *(Erda)* y el Sr. Colazza *(Siegmundo)*.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigú *La bête feroce*, comedia en cinco actos y ocho cuadros de Julio Mary y Emilio Rochard; en la Comédie Royale *Le dernier jour de Taupin*, comedia en un acto de Alfredo Delila; *Propos d'hiver*, revista en un acto de Ardot y Laroche; *Pour etre heureuse*, comedia en dos actos de Pablo Arossa, y *Le rendez vous bourgeois*, opereta en un acto de Román Coolus, música de Carlos Cuvillier; en Cluny *Les tribulations d'un gendre*, comedia vaudeville en tres actos de Grenet Daucourt y Eugenio Heros; y en los Bouffes Parisiens *¡Aux bouffes on touffe!*, revista en tres actos y siete cuadros de Rip, Wilned y Fargue. En Varietés se ha reproducido la antigua opereta en tres actos *Geneviève de Brabant*, de Cremieux y Treffieu, música de Offenbach, que ha sido puesta en escena con lujo extraordinario.

ALEGRE

Novela original de Gustavo Martínez Zuviría.—Ilustraciones de Cutanda. (continuación.)

Margarita estaba silenciosa de puro emocionada

Con padre Ludovico rara vez podía hacerlo, porque siempre llevaba de grumete al hijo del tío Jorge, que le aventajaba á él, por lo menos en fuerza. Aquella vez era distinto; iba él solo, y necesariamente el capitán de la *Bella Italia* había de tomarlo en cuenta.

—Vaya si eres un buen grumete, chiquillo, decíale el tío Jorge, que le había dejado la caña del timón; un buen marino, y con el tiempo serás un buen capitán. No te falta mucho para que tú solo seas capaz de dirigir una embarcación tan grande como la *Parma;* quizás podrías hacerlo ya, en Cruz Chica no hay quien te gane.

Aquellos elogios sabían á gloria al negrillo. Su sueño dorado era llegar á capitán de veras, no de engañifa, como lo era ya.

Con brisa tan fresca, las cinco leguas de mar que distaba Necochea las hicieron en dos horas. Eran las siete cuando atracaron.

La descarga fué cuestión de media hora. Todo concluído, se volvieron á hacer al mar.

El viento había saltado al Este; todavía podía ayudarles, ciñendo mucho.

Pero cuando aún no habían hecho trabajosamente la mitad del camino, cesó por completo, y la vela golpeó inerte el mástil.

—¡Tromba, ya dije yo!, masculló el tío Jorge; esta es la buena, muchacho; ahora veremos si hay en ti pasta de marino; deja el timón, recoge la vela y toma un par de remos. No hay más remedio que echar el bofe hasta Cruz Chica.

Después de todo, aquello era divertido, pensó Alegre al hundir las palas en el agua.

El tío Jorge era muy capaz de irse remando hasta Montevideo; pero el muchacho no tenía sus músculos, y aunque bastaba él solo para hacer volar la *Gaviota,* otro cantar era con la *Bella Italia,* de mucho mayor porte.

Alegre iba á popa; á sus espaldas sentía los resuellos de buey del viejo marino, que se reía á solas viendo al muchacho aflojar de cuando en cuando los brazos.

—Te cansas, Alegre.

—No me canso, tío Jorge.

—Me pareció que aflojabas.

—¡Oh, tengo todavía para rato!

El negrillo, comprendiendo que le miraban y no queriendo dar su brazo á torcer, remaba y remaba; pero de vez en cuando, involuntariamente, aflojaba la remada.

—Deja, Alegre, si estás cansado.

—No lo estoy, tío Jorge; soy capaz de llegar yo solo.

—No lo creo; me parece que no llegas.

Al cabo de un rato, Alegre sudaba que era un gusto, y con el pretexto de enjugarse la frente soltaba los remos.

—¡Diablo de muchacho! Si te digo que tienes más bríos que el tío Jorge, me quedo corto, decíale el marino para alentarlo.

Y el negrillo, no queriendo desmerecer, empuñaba los remos, y con todas sus fuerzas, hinchando los carrillos, seguía la tarea.

Cuando el tío Jorge vió que no podía más, dijo:

—¡Alto!

—¿Qué hay?

—Vamos á almorzar. ¿No sientes apetito?

—¡Hum! Sería capaz de almorzarme una ballena.

—Tanto, tanto no te voy á dar; pero tendrás lo suficiente.

Y el tío Jorge con su navaja cortó dos enormes rebanadas de pan fresquito y oloroso y dos buenos pedazos de salame de Milán auténtico, él lo aseguraba; había además unas valientes tajadas de queso de lo mejor y una botella panzuda, llena hasta el cuello de un vino italiano espeso como el chocolate.

—¿Qué te parece?

Alegre no podía dar su opinión, porque comía á dos carrillos.

Veinte minutos pasados en almorzar á conciencia y descansar un rato, eran suficientes. El muchacho declarábase con bríos para llegar, remando él solo, á Mar del Plata.

Pero no era necesario tanto. Una hora después, cuando el sol trepaba al cenit, ellos atracaban en el muelle de Cruz Chica.

No bien tocaron en tierra, Alegre saltó á la *Gaviota,* y cogiendo los remos, que le parecieron ligeros como dos plumas, empezó á remontar el río.

—¡Tromba contigo! ¡Ya, ya! Aún te quedan bríos, ¿eh? Pero mira, creo que mejor harás en irte á dormir la siesta.

—A eso voy, tío Jorge.

—¿Y adónde?

—Debajo de los sauces, en la *Gaviota.*

—Bueno, eso es mejor; allí tendrás aire fresco.

Alegre no iba á dormir la siesta; acudía á la cita.

XXI

¡CLAP, CLAP!

Esperando, esperando, Alegre se quedó dormido en el fondo del bote. Una voz argentina lo despertó.

Era su amiguita, que había podido distinguir á través de los sauces la blanca silueta del bote del negrillo.

—¡Alegre, Alegre!

El muchacho tomó los remos, y en cuatro segundos estuvo al lado de la chiquilla.

—¿Dormías?, le preguntó ella.

—¡Yo, no! Te esperaba.

—Ahora tengo permiso por toda la tarde; pero para cazar mariposas en el parque, sin salir al sol.

—¿Entonces vamos á andar en bote?

—¿Y si me pillan?

—Pero es que te han dado permiso.

—Sí, pero con tal que no salga al sol.

—No saldrás; bogaremos á lo largo de la orilla, bajo las ramas de los sauces.

—Pero me han dado permiso para cazar mariposas...

—Las cazaremos... si alguna se deja cazar desde el bote; ya verás, ya verás.

La chiquilla parecía convencida.

—¿Y cómo subo?

—¡Oh, eso es lo de menos!, exclamó Alegre.

Y sus brazos robustos levantaron á la niña, llevándola en un abrir y cerrar de ojos á la *Gaviota,* que tembló de gusto al recibirla.

Ella se iba á sentar á popa, pero el muchacho la detuvo.

—Espera; te mancharías el traje. (Y extendió una alfombrita sobre la madera.) Ya ves que nada he olvidado.

Margarita estaba silenciosa de puro emocionada. Pero cuando el bote, á impulsos del remo de Alegre, abandonó la orilla y se deslizó dulcemente á lo largo del río, bajo la sombra de los sauces, perdió el miedo.

—¡Qué lindo!, exclamó; y tú, Alegre, ¿andas siempre en bote?

—Sí, todos los días.

La chiquilla volvió á quedar silenciosa, encantada con la hermosura del paisaje visto desde la *Gaviota.*

Aquello valía la pena de saborearse. La brisa habíase levantado favorable. Alegre rumbeó hacia el medio del río y tendió el trapo.

—Iremos á la sombra.

La lona envolvía en sus pliegues á la niña, después se hinchó, y la barquilla, tiritando, remontó la corriente.

Alegre no se atrevía á interrumpir el silencio de su amiguita. Se contentaba con verla. ¡Estaba tan linda con la emoción de ese placer desconocido para ella!

Pero el bote se torcía; era preciso enderezar el timón.

—Margarita, déjame ese lugar, ¿quieres? Necesito tomar el timón.

Margarita se cambió.

—¿Sabes que es lindo andar en bote? Yo quisiera ser como tú, que andas todos los días.

—No, como yo no; á mí me gusta como eres, no más. Y tampoco necesitas serlo; yo te llevaré cuando quieras.

—¿Y si quiero todos los días?

—Todos los días te llevaré.

—¡Qué bueno eres tú!, exclamó la chiquilla, fijando en Alegre sus ojos azules; Julio nunca quería hacer mi gusto, y tú...

—Yo lo haré siempre, Margarita, respondió el muchacho, envolviendo á la niña en una mirada profunda.

—¿Por qué me miras así?, preguntó ella, sonrojándose.

—¿Yo? Así miro siempre.

La niña púsose á examinar la *Gaviota.*

—¿Y anda siempre así?, preguntó.

—Cuando hay viento.

—Y cuando no hay, con los remos se la hace andar, ¿no es verdad?

—Sí, con los remos.

—¿No quieres enseñarme á remar?

—No, es muy difícil; te lastimarías las manos. Lo que te puedo enseñar es á manejar el timón, si quieres.

—Sí, pero ahora no, es tarde ya.

—¿Tarde? ¡No! Si apenas habremos andado media hora.

—Pero mamá puede llamarme.

—¿Quieres volver entonces?

—Sí, volvamos.

La *Gaviota* viró; plegóse la vela, y la corriente quedó encargada de llevarla. Alegre precipitaba la marcha con un golpe de remos cuando se hacía muy lenta.

La chiquilla iba con miedo de que en su casa hubieran descubierto la escapatoria; parecíale que había corrido un siglo desde que salió. Pero cuando fueron acercándose al *chalet* y pudo ella ver los árboles del parque, volvióle su locuacidad: la cercanía de su casa la tranquilizaba.

—Ya llegamos, Alegre, ¿no?

—Sí, ya llegamos; ¿te ha disgustado el paseo? Me parecía...

—No, no; es que mamá ó miss Fulton pueden buscarme.

—¿Y no quieres pasear otro día?

—Sí, mañana, si no me pillan esta vez.

—Bueno; cuando quieras me lo dices, ¿oyes? Yo te llevaré siempre que tú quieras.

Margarita se había quedado pensativa.

—Dime, dijo al cabo, tú eres más bueno que Julio, ¿verdad?

—Yo creo que sí, respondió Alegre, riendo.

—¿Tú no me conocías antes?

—No.

—Entonces, ¿por qué eres así tan bueno?

Alegre se quedó callado un momento. Dudaba, dudaba, algo le quemaba en el pecho; ¿tiraría ó no la brasa?

—¡Porque te quiero!, exclamó, tomando una de las manos de su amiguita, que se puso colorada.

—¿Y me quieres mucho?, se atrevió á preguntar.

—Mucho, muchísimo; nadie en el mundo te quiere como yo.

El bote se había detenido; la niña iba á saltar; pero antes que lo hiciera, Alegre había estampado en su manita un beso ardiente.

Ella nada dijo; sus mejillas, rojas como la flor de la achira, lo dijeron todo.

—¿Vas á bajarte?

—Sí.

Tomóla él en sus brazos y la dejó en la orilla.

—¿Quieres que venga mañana?

—Sí, ven siempre, aunque no andemos en bote. Adiós, Alegre.

—Adiós, Margarita.

La niña, ligera y gozosa como un pájaro, se perdió entre los jardines. El siguió con la vista su graciosa silueta. Cuando no la vió más, parecióle que algo faltaba á su lado. Saltó á la barca, y remando dulcemente, se deslizó por las tranquilas aguas del río.

El paseo en bote no tuvo para Margarita las consecuencias que ella esperaba.

Entró de puntillas en las habitaciones.

Su mamá leía y dormitaba por entregas, tendida en una hamaca y dando muestras del más soberano aburrimiento.

La chiquilla le habló. Ella se limitó á decir:

—¿Cazaste muchas mariposas?

—No, porque estaban muy ariscas.

—Bueno, anda á ver si ahora puedes tomarlas; no es todavía la hora del te.

Y se sumergió en la deliciosa lectura de un libro leído entre bostezos y cabezadas.

En cuanto á miss Fulton, aún estaba en lo mejor de su siesta, y la chiquilla, que fué á preguntarle sobre la conveniencia de seguir ó no cazando mariposas, fué recibida con una andanada de las más puras interjecciones inglesas.

¡Se había lucido!

Ella, que volvía á toda prisa, creyendo haber estado ausente un siglo entero y temiendo encontrarse la casa revolucionada con su ausencia, hallábase con que ni de menos la habían echado.

No, lo que es otro día no sería tan tonta que volviera á la media siesta.

Por eso cuando al siguiente fué Alegre al muelle á que atracaba el *Relámpago,* ella, que lo esperaba ya, le dijo:

—Ahora pasearemos más largo.

—¿Te han dado permiso para andar en bote?

—No, sino para cazar mariposas.

—Bueno, las cazaremos desde la *Gaviota.*

—Sí, ¿como ayer, que no cazamos ninguna?

—No, no; hoy tomaremos algunas: pierde cuidado. ¿Quieres andar conmigo?

—Sí, y nos iremos más lejos que ayer; era muy temprano cuando volvimos.

—¿No te lo dije? ¿Vas á subir?

—Sí, álzame.

Los brazos de Alegre, tan fuertes como cariñosos, levantaron dulcemente á la chiquilla, haciéndola pasar sobre la borda y sentáronla en el banco, previamente cubierto con una alfombrita.

—¡Tienes fuerzas, Alegre! Julio una vez me quiso alzar y me dejó caer.

—¡Julio, siempre Julio!, murmuró el muchacho.

—¿No te gusta que hable de él?

—No, porque no era bueno contigo; y tú eras amiga suya, ¿no es cierto?

—Sí, pero no tanto como lo soy tuya, respondió la chica, mirando de reojo á Alegre.

Este sintió que esas miradas le quemaban el corazón. ¡Era tan linda su amiguita! Tomóle una mano con traidores propósitos, pero ella no lo permitió.

—No, no, dijo retirándola. Julio me besaba siempre, eso á mí no me gusta.

—¿No te gusta? ¿Por qué?

—Porque mamá se reía.

—Pero si tu mamá no está aquí, y además, yo no soy Julio.

—Por lo mismo; si quieres que sea tu amiga no lo hagas; ¿quieres?

Y la niña al decirlo, roja como un pétalo de rosa fuego, miraba á Alegre con sus ojos azules que suplicaban cuando podían mandar.

—Bueno, bueno, dijo él, envolviendo á su amiguita en su mirada más tierna, más profunda, más henchida de amor; nunca lo haré, Margarita, está segura.

Ella se rió.

—¿Por qué me miras así?

—¿No te gusta que te mire de ese modo?

—No es eso; sí me gusta; pero..., dijo, bajando los ojos, me da vergüenza.

Alegre púsose á remar.

La chiquilla se reía de verlo hacer esfuerzos cuando las palas se hundían en el agua.

—¿Tienes fuerza, eh?

—Un poco.

—¿No te lastimas las manos?

—No, porque ya estoy acostumbrado.

—¿Y si yo me acostumbrara?

—No debes acostumbrarte; quizás tampoco tendrías fuerzas.

—Yo no sirvo para nada, ¿no ves?; en casa me dicen lo mismo: la mucama dice que soy como la flor de la maravilla, que del aire se enferma.

—No, tú no eres como la flor de la maravilla, protestó Alegre; eres como otra flor.

—¿Como otra flor? ¿Cuál?

—¿Conoces la flor del aire?

—Sí, en el parque hay mucha colgada de los árboles.

—Pues como la flor del aire. Me parece que si yo te hubiera bautizado te habría llamado así.

—¿Te gusta ese nombre?

—Sí; te sentaría bien.

—Entonces llámame *Flor del aire.*

El sol brillaba glorioso en un cielo sin nubes. El agua tranquila del riacho reverberaba ante él. Los sauces, acariciados por la brisa, se mecían dulcemente, entreabriendo sus ramas para que los rayos del sol pudieran besar la cabecita de la niña. La barca, impulsada por los valientes remos de Alegre, hendía las aguas corriente arriba, y los pájaros se callaban para verla pasar.

Pero ni los pájaros, ni los sauces, ni el río, ni el sol, ni Tell siquiera, que sentado á proa lo averiguaba todo, podían adivinar la loca felicidad que henchía el corazón de Alegre.

Tampoco habían adivinado que en el corazón de la niña aleteaba también una alegre mariposa.

Y sin embargo, los rayos del sol se colaban por entre las ramas de los sauces para espiar el cuadro.

Hacía un rato que no se cruzaba entre ellos una palabra; la chiquilla miraba correr el agua y escuchaba sus rumorosas protestas al sentirse cortada por la quilla de la *Gaviota;* ¡clap, clap!.. ¡clap, clap!.. hacía, chapoteando contra las maderas del bote, ¡clap, clap!.. ¡clap, clap!

Alegre, remando como una máquina, llevábalo recto como un dardo y ligero como una golondrina. No hablaba, porque quería saborear golosamente la sensación de ser feliz. Se contentaba con mirar á su amiguita, entretenida con las ondas del río, que no tenían reparo en besar su manita pendiente fuera de la borda.

Tell también estaba mudo. Miraba entristecido, ya al capitán, ya á su linda compañera, que le había robado el corazón de su amo.

Tell era un grandísimo celoso; la *Gaviota* también era una celosa. Una caricia de la niña, cuando Tell protestaba con un gruñido y la *Gaviota* con un barquinazo, bastaba para reconciliarlos con su linda rival.

El cuadro era tan lindo, que una mariposa que lo vió, acercóse revoloteando tontamente á medio metro del bote.

Alegre, que la espiaba, soltó los remos, dió un salto y de un manotón la hizo caer con la gorra.

—¿No te decía?, exclamó triunfalmente, sosteniéndola con delicadeza por las pintadas alas.

—¿La has pillado?

—Sí, ya tienes para mostrarle á tu mamá.

—¡Qué hábil eres!, dijo la niña, tomándola con sus rosados deditos y aprisionándola en una cajita de hojalata con habilidad digna de un entomologista. Pero mira, Alegre, cómo me has mojado los zapatos.

Los remos al caer habían salpicado á la linda pasajera.

El capitán se arrodilló en el fondo, y con un pañuelo de deslumbrante blancura que madre Marta le había puesto en el bolsillo, secó cariñosamente las gotas de agua que mojaban los zapatitos de la chiquilla.

—Si tú anduvieras como yo, aunque te mojaras no te importaría, y el niño mostraba su pie desnudo, como conviene á un buen grumete.

—Si me dejaran, andaría descalza como todos los chicos de acá, pero ni mamá ni miss Fulton van á querer. ¿Estamos lejos de casa?

—Hemos andado algo más que ayer.

—¿Quieres que volvamos?

—Como tú quieras, Margarita; ya sabes, siempre como *Flor del aire* quiera.

—Volvamos entonces.

La embarcación empezó á desandar lo andado. La niña sonreía mirando á Alegre.

—¿De qué te ríes?

—De que tú me obedezcas. Julio no era así, ¿por qué entonces eres de ese modo?

—Te vas á enojar si te lo digo.

—No, ¿por qué me voy á enojar?

—Ya te lo dije ayer.

—No me acuerdo.

—¿Sabes por qué soy así? ¡Porque te quiero, Margarita!; ¡mucho, mucho!

Y la miraba con esa mirada que la hacía enrojecer.

Ella quedó un instante silenciosa, como luchando con su timidez. Después murmuró:

—Entonces yo también haría siempre lo que tú quisieras.

—¿Por qué?, preguntó Alegre temblando de esperanza.

—Porque... no me animo á decirlo, y sus ojos suplicantes y picarescos miraban al niño.

—¡Dilo, dilo!

—Porque..., porque; ¡pero si no me animo! Porque yo también te quiero, Alegre, respondió, ocultando su avergonzada carita entre las manos.

Él había ahogado un grito. Las grandes alegrías son como los grandes dolores.

Ella, roja de vergüenza, no se atrevía á mirarlo; se distraía viendo correr el agua que chapoteaba contra el bote: ¡clap, clap!.. ¡clap, clap!

Y por hacer algo que disimulara su turbación, se puso á imitarla:

—¡Clap, clap!.. ¡clap, clap!

XXII

EL PRIMER BESO

No todos los días era posible salir. Más de una vez á la aburrida señora de Alvarado se le ocurría ir á pasearse por el parque precisamente á la hora de la siesta.

Y Margarita tenia que dedicarse á las incruentas cacerías de mariposas, mientras Alegre desde la otra orilla espiaba impaciente el momento de poderla hablar.

—Alegre, decía ella, acercándose al muelle en un momento de descuido, esta tarde no hay paseo, será mañana.

Pero al otro día tampoco era posible salir en bote, porque llovía, ó hacía viento ó miss Fulton no tenía sueño y era preciso aguantar las incomodidades de la inglesa, que también se dedicaba á la caza de mariposas.

La inglesa las coleccionaba. Este era un negocio para Margarita: si pillaba alguna que su aya no tuviera en la colección, podía permitirse el lujo de no estudiar una lección de piano, de dibujo ó de inglés. De inglés precisamente, ¡oh, Dios!; ¿para qué habría ingleses en el mundo? ¿No era más sencillo entenderse en castellano?

Un día ni á la señora de Alvarado se le ocurrió pasearse por el parque, ni á miss Fulton cazar mariposas, ni llovió, ni hubo viento.

Al contrario, el tiempo fué espléndido.

Alegre, que en varios días no había podido encontrarse con su amiguita, pudo hablarle aquella siesta.

—Alegre, ¡cuánto tiempo hace que no salimos!

—¿Pero saldremos hoy?

—No, no; estaremos un rato en el muelle y después me iré; mamá me ha dicho que tengo que dar lección á las tres.

—¿Lección?

—Sí; yo creo que es por hacer rabiar á miss Fulton, porque á la inglesa le gusta dormir la siesta. Pero no importa, Alegre, mañana podré ir contigo y muy lejos, ¿sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque mamá se va á Buenos Aires.

—¿Y tú?

—Yo me quedo con miss Fulton; mamá se aburre, el campo la fastidia.

—¡Ah!, suspiró el negrillo. ¡Cómo puede fastidiarse viviendo donde vives tú!

Por la mañana del siguiente día llegó á la quinta una volanta tirada por dos hermosos caballos. En ella la señora de Alvarado iba á hacer el trecho de dos leguas que separaba el *chalet* de la próxima estación del ferrocarril.

Alegre vió desaparecer el carruaje entre una nube de polvo, y respiró con fuerza. La amiguita quedaba más libre.

—Sí, más libre, respondió la niña cuando esa siesta él se lo dijo; miss Fulton me ha dicho que no me acerque al río, pero como ella no es mamá...

—No manda, ¡claro!, prosiguió Alegre.

—Y como duerme hasta las cinco, podremos pasear más.

—¿Vienes ahora?

—Sí, súbeme.

El muchacho no se hizo rogar y alzó á la niña.

Ese día sentía como nunca deseos de hablar.

—Margarita, dijo, ¿quién es miss Fulton?

—Una inglesa muy flaca y muy mala.

—¿Y por qué está en tu casa?

—Porque es mi profesora de dibujo, de piano y de inglés.

—¿De inglés? ¿Y tú sabes mucho inglés?

—Sí, bastante, respondió la chica, segura de ello. ¿Y tú?

—Yo no, pero sé italiano y romañol y milanés y napolitano, contestó Alegre, orgulloso de tan vastos conocimientos lingüísticos.

—¿Y dónde has aprendido tanto?

—En Italia.

—¿Y has andado tú por allá?

—Como que allí he nacido, es mi patria, respondió él, que no conocía otra.

—¡Entonces, eres... *gringo!*, exclamó la niña, mirando al negrillo con ojos asombrados. ¿Es linda tu tierra?

—Sí, muy linda; pero es mejor ésta, porque tú eres de aquí.

—¿Hace mucho que viniste?

—Un año y medio.

—Y tus papás, ¿están todavía en Italia?

Alegre sacudió la cabeza tristemente.

—No tengo papás.

—¿No tienes? ¿Entonces, se murieron?

—Yo no sé, murmuró el negrillo, cuya historia se le venía de golpe á la memoria.

La chiquilla lo miraba con ojos cariñosos; ¿por qué se había entristecido? Lo tomó de la mano, y le dijo:

—No te enojes, Alegre.

—No, Margarita; con *Flor del aire* no me enojaría nunca.

Ella se rió.

—Es que yo no sabía que eso te ponía triste. Pero, dime, ¿quién te trajo de Italia?

—Es una historia larga.

—A mí me gustan mucho las historias.

—Pero la mía no es de esas que á ti te gustan.

—No importa, cuéntamela, ¿quieres?, suplicó la niña.

—No, es muy triste, no te gustará.

—Cuéntamela; basta que sea tu historia para que me guste.

Alegre sacudió la cabeza sonriendo.

—No seas malo, Alegre, cuéntame tu historia; ¿no me has dicho que vas á hacer todo lo que yo quiera?

—Bueno, te la contaré, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Te vas á enojar si te la digo.

—No me voy á enojar.

—Sí, sí; mejor es callarme la boca; no quiero que te enojes.

—Pero si no soy tan necia. Dime la condición; no me voy á enojar.

—Es una cosa que no te gusta.

—No importa, dímela.

El muchacho atrajo hacia sí la blonda cabecita de su amiga y murmuró á su oído una palabra.

Alegre se puso de rodillas, atrajo hacia sí su blonda cabecita y la besó en la frente

Ella enrojeció súbitamente.

—No, no, Alegre; ya te he dicho que eso no me gusta.

—Sí, Margarita, sí, no seas mala, insistió él, mirándola con esa mirada que tanta influencia tenía sobre su amiga.

Pero ella no se dejaba derrotar.

—No, no; he dicho que no.

—Entonces no cuento mi historia.

Los dos quedaron en silencio. Margarita, con un mohín de disgusto; Alegre, triste.

La vela de la *Gaviota* se estremecía gozosa, acariciada por una brisa fresca y chacotona que parecía complacerse en hacerle cosquillas. Y el bote volaba, sin que su joven capitán tuviera que hacer otra maniobra que mantener recta la caña del timón.

Al cabo de algunos minutos la niña rompió el silencio.

—¿Es larga tu historia?

—Sí, es larga.

—¿Y linda?

—Lindísima.

—Cuéntamela, ¿quieres?

El muchacho era inflexible.

—Ya sabes la condición; sin eso no te la cuento.

Y volvía esquivamente el rostro para no dejarse vencer por las suplicantes miradas de su amiguita.

—¡Qué malo eres! Cuéntamela con condición y todo; pero ahora no, después, después que hayas acabado la historia.

—¿No me engañas?

—No; tú sabes que yo no sé engañar.

Alegre comenzó su historia. La historia verdadera, la que no contaba á nadie, la que guardaba como un secreto vergonzoso; la historia que no contó ni al tío Delfín, ni al señor cura, ni á padre Ludovico, ¿por qué se la contaba, pues, á una chiquilla que apenas podía comprenderla? Las confidencias se hacen entre almas parecidas; un viejo no puede ser confidente de un niño.

Margarita era una niña. Alegre era un niño. Margarita fué la primera confidente de Alegre.

La narración principió alegremente; pero á medida que avanzaban en ella, el rostro del narrador y de la oyente comenzaron á nublarse. Hubo un momento en que el muchacho se detuvo.

—¿Y qué más?, preguntó ella.

—No, ya no cuento más.

—¿Por qué?

—Tengo vergüenza.

—No seas así; cuéntamela.

—No se puede.

—Mira que... no te voy á dar lo prometido.

Este argumento decidió á Alegre, que continuó su historia hasta el fin.

—¡Pobre Alegre!, murmuró ella. ¿Entonces, tus papás son Ludovico y Marta?

—Eso es.

—¿Y qué más?

—Nada más...; pero no, espera: «Después que vine á Cruz Chica, en el segundo verano hallé una niñita.»

—¿Y después?

—«Fuimos muy amigos, se llamaba *Flor del aire*, y me prometió una cosa porque le contara mi historia...»

—No, eso no es del cuento.

—Bueno, que no sea; pero ahora tienes que cumplir.

—¡No, ahora no!

—Sí, me lo has prometido.

—Que no te lo había prometido, ¿quieres?

—Me voy á enojar porque me has engañado.

La chiquilla cerró los ojos. Alegre se puso de rodillas, atrajo hacia sí su blonda cabecita y la besó en la frente, con ese primer beso dulce, tierno, profundo...

—¡Basta, basta!, dijo ella, retirándose vivamente, como si aquel beso la hubiera quemado.

Sus mejillas y su frente estaban teñidas con el más puro carmín; sus ojos azules brillaban como el cielo en un día de sol, pero en sus párpados temblaba una lágrima.

—No llores, Margarita.

—Eres muy malo.

—No, si tú me lo habías prometido, dijo él, queriendo tomarle una mano.

—¡Déjame, déjame! Quiero volverme á casa.

—¿Te has enojado?

—Sí, tú eres como Julio.

El muchacho, entristecido de haber disgustado á su amiguita, quedóse silencioso, mirando el agua.

Ella lo vió triste, y una leve sonrisa, como el primer rayo de sol después de una tormenta, plegó su boquita.

—¿Te has enojado, Alegre?

—No, yo no, porque no soy como tú, respondió él.

—¡Pero si yo no me he enojado!

—¿Entonces, quedamos amigos como antes?

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no digas nada á nadie, ¿quieres?

Y la chiquilla suplicaba con sus ojos húmedos por un llanto que no había brotado.

—No, respondió Alegre, embriagándose en esa mirada y acariciando sus manitas; no lo diré á nadie. ¿Cómo crees que lo iba á decir?

—Y ahora vamos á casa; ¿te parece?

—Sí; á mí me parece siempre lo que á ti.

Y volvieron. Cuando atracaron en el muelle, la niña saltó á tierra sin esperar ayuda de su amigo, por miedo de que volviera á las andadas.

—Adiós, Alegre, hasta mañana.

Y voló como un pájaro á través de los árboles.

Alegre quedóse mirando un rato el lugar por donde ella se había perdido. Aún vibraba en su alma la emoción del primer beso.

XXIII

OTRA MARIPOSA Y OTRA DECLARACIÓN

Alegre no había conocido nunca un hogar. Para serlo, algo le faltaba á la casita del padre Ludovico.

(Se continuará.)

CARRERA DE AUTOMÓVILES NUEVA YORK-PARÍS

En el número 1.363 de La Ilustración Artística dimos cuenta de la salida de París de cuatro de los automóviles que habían de tomar parte en la carrera Nueva York-París, organizada por el periódico *Le Matin*. Embarcados los automovilistas en el Havre, al llegar el buque *Lorraine* que los conducía al puerto de Hamburgo, juntóseles el alemán Maass con su Protos.

Con ellos iba también M. Drieghe quien, sin figurar oficialmente en el concurso, intentará hacer el recorrido marcado y llegar á París antes que los otros.

A su llegada á Nueva York fueron todos recibidos con grandes demostraciones de simpatía y durante su estancia en aquella capital se vieron muy agasajados. La víspera del día señalado para la partida, el Automóvil Club de América les obsequió con un espléndido banquete, en el que se distribuyeron á los concurrentes sendas banderitas norteamericanas; el primero que entregue una de esas banderitas al barón de Zuylen, en el Automóvil-Club de Francia, recibirá una recompensa de 5.000 francos ofrecido Mr. Jeffersen.

En la mañana del día 13 de febrero último, reunidos los competidores europeos con los americanos, emprendieron la marcha entre una multitud inmensa de espectadores y escoltados por más de trescientos automóviles del «Automóvil Club Americano.» Desde los primeros kilómetros hubieron de luchar con bastantes dificultades, que, con no ser pequeñas, han de resultar poco menos que insignificantes comparadas con las que habrán de vencer en las montañas de Alaska y en las heladas estepas de Siberia. Ya el primer dia, según han dicho en los telegramas, hubieron de auxiliarse unos á otros para no quedar encallados en la nieve y aun hubieron de recurrir á gente del país para sacar de una granja á uno de los automóviles. Afortunadamente para los expedicionarios, el *raid* ha despertado en los Estados Unidos tanto interés y entusiasmo, que de seguro no ha de faltarles ayuda en los territorios que van atravesando. Como es preciso que los concurrentes lleguen á Siberia antes de que empiece el deshielo, han decidido que si, por cualquiera circunstancia, entendiesen que no podrían llegar á San Francisco el día fijado en el itinerario, utilizarán, á partir de Ogden, el medio de transporte que tengan por más conveniente, para continuar luego la carrera en automóvil.

Mr. Colgate Hoyt, presidente del Automóvil-Club de América, se dispone á disparar los pistoletazos que han de señalar la salida de los automóviles

Hasta ahora se sabe que de los ocho inscritos para la carrera se retiraron dos; que en los primeros momentos tomó la delantera el automóvil Dion-Bouton, guiado por el francés Bourcier Saint-Chauffray, seguido muy de cerca por el italiano Scarfoglio, en su máquina Zust; que en la primera semana Roberts (norteamericano), ha recorrido 1.262 kilómetros; Bourcier, 1.216; Scarfoglio, 1.170; Keepen (norteamericano), 910; y Godard (francés), 754. Pons había tenido que detenerse, y Scarfoglio, que había sido víctima de ligeros accidentes, al principio de la carrera, ocupando, como hemos dicho, el tercer lugar, había recuperado el tiempo perdido y alcanzado á Roberts, á una milla de Benton; pero éste logró adelantársele nuevamente. El orden de los concurrentes, según las últimas noticias, era: Roberts, Scarfoglio, Bourcier, Keepen y Godard.

Todos los automóviles llevan aparatos de fotografía y la mayoría de ellos, además, operadores de reputadas casas cinematográficas con las máquinas necesarias para impresionar películas con los incidentes más interesantes del atrevido *raid*.

Como se comprenderá, tratándose de una excursión de esta índole al través de regiones, muchas de ellas inhospitalarias, los automóviles van provistos de todo cuanto puedan necesitar durante la carrera, y algunos de los concurrentes se han asociado con personas conocedoras de las costumbres y los idiomas de los países por donde han de pasar. Así, Bourcier lleva consigo al capitán Hansen, globe-trotter noruego que conoce perfectamente Siberia y habla, entre otros idiomas, el ruso y

Nueva York.—Los automóviles que toman parte en la carrera puestos en fila y esperando la señal de la salida

el samoyedo, y tiene de repuesto ruedas con puntas para la nieve y ruedas de vagones que le permitirán utilizar las vías férreas americanas.

El Motobloc que guia Godard y que reproduce el adjunto grabado, está admirablemente dispuesto para el *raid* que ha de efectuar, pues contiene una porción de armarios y de cajas, en los cuales están distribuídos en un orden perfecto los instrumentos, piezas de recambio, vestidos y provisiones. Además lleva un material completo de campamento con tienda de campaña, batería de cocina, cestas de botellas de champaña. Con Godard va Mauricio Livier, el más joven de todos los expedicionarios, ya que sólo cuenta diez y nueve años; es operador de la casa cinematográfica Raleigh y Robert, y con este carácter figura en la expedición.

El automóvil italiano Zust corre por cuenta de los periódicos *Mattino, Stampa, Daily Mail* y *Pearson's Magazine*. Scarfoglio, que va en él, es hijo del director del primero de los diarios citados y de la notable escritora italiana Matilde Serao.

La *voiturette* Sizaire-Naudin, el más pequeño de los automóviles que figuran en el concurso, va confiada á Pons, que en una máquina de la misma casa tomó parte en la famosa carrera Pekín-París, y á quien acompaña el operador Deschamps, de la sociedad cinematográfica Pathé.—S.

(Fotografías de Rol y C.ª)

El Motobloc, conducido por M. Godard, equipado para la carrera Nueva York-París

JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA

Ó

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899

POR

D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada

Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno,

para los Sres. Suscriptores de la Biblioteca Universal

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA **VINO AROUD** CLOROSIS
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
Soberano contra
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA Curadas por el Verdadero CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Dentición
JARABE DELABARRE
JARABE SIN NARCÓTICO.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJANSE el Sello de la *"Union des Fabricants"*, y la Firma DELABARRE.
Establecimientos FUMOUZE, 78, Faubourg St-Denis, Paris, y las Farmacias del Globo.

Marruecos. – El campamento de Mar Chica ocupado por las tropas españolas que desembarcaron el día 14 de febrero último
(De fotografía del capitán de infantería D. Juan López Vicencio).

Sabido es que por virtud del tratado de 1894, el sultán de Marruecos está obligado á tener en las inmediaciones de Melilla un contingente de tropas que asegure la tranquilidad en la frontera hispano marroquí. A esto obedecía la permanencia en Mar Chica de la mehalla, que, conforme explicamos en el número 1364, se vió obligada á dejar aquella posición, en la cual, por abandono del majzén, le era imposible sostenerse.

Retiradas aquellas fuerzas, España no podía consentir que Mar Chica permaneciese desguarnecida con riesgo seguro de que se apoderasen de ella los partidarios del Roghi y, por consiguiente, con evidente peligro para nuestras plazas del Norte de Africa. De aquí que se dispusiera su ocupación, que efectuó en la madrugada del día 14 de febrero último una pequeña columna de 560 hombres mandada por el general Marina, Gobernador de Melilla, y compuesta de fuerzas de infantería, artillería, ingenieros, sanidad y administración militar, que fueron conducidas por el cañonero *General Concha*. Al desembarcar la columna, los moros que se hallaban en el campamento que fué de los imperiales hicieron contra ella nutrido fuego; en vista de ello, el cañonero disparó algunas granadas y los soldados, lanzándose al agua, se precipitaron contra los enemigos, poniéndolos en fuga y obligándoles á internarse en los montes.

Nuestras tropas ocuparon la Restinga, en donde, según ha manifestado el gobierno, permanecerán hasta tanto que el sultán adopte las medidas convenientes para asegurar el cumplimiento del tratado de 1894, con lo cual además evitarán el gran contrabando de armas que por allí se hacía y harán, por ende, eficaz uno de los acuerdos de la conferencia de Algeciras.

Las potencias á quienes el gobierno español ha dado cuenta de lo sucedido, no han opuesto á ella objeción alguna; el majzén, en cambio, ha protestado y pretende que la mehalla refugiada en Melilla vuelva á Mar Chica, pero como para ello no envía á sus tropas los recursos necesarios, niéganse éstas á obedecer las órdenes imperiales. Y para que se comprenda hasta qué punto la razón les asiste, bastará decir que la tal mehalla se compone de 1.800 hombres y 600 caballos y que el sultán, por todo auxilio y para que ocupen nuevamente Mar Chica, ha enviado 25.000 pesetas, después de haber tenido á aquellas fuerzas enteramente abandonadas durante varios meses.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón